

EDITORIAL

EL CONCEPTO DE LA MUERTE

El concepto de la muerte es uno de los temas capitales en todas las culturas humanas; históricamente, ha sido tratado con extensión por teólogos, filósofos, moralistas y literatos. Sin embargo, no ha recibido la misma atención como fenómeno biológico, particularmente en el campo de la medicina; y sólo en años recientes parece haberse despertado el interés sobre la materia, a juzgar por las publicaciones aparecidas en la última década.

Es difícil explicar la escasez de estudios científicos sobre los procesos de la muerte, en el ámbito de la medicina. Desde el punto de vista biológico, la muerte está ligada estrechamente a la vida, hasta el extremo de que la sigue de manera inevitable. El médico tiene contacto diario y directo con la enfermedad, anticipo frecuente de la muerte; y tiene asimismo la ocasión de confrontar múltiples veces la extinción de la vida de sus pacientes. No obstante, el interés del médico por la investigación de estos problemas es ciertamente mayor a propósito de la enfermedad; y, en el caso de la muerte, parece limitar su atención a las correlaciones anatomoclínicas de los estudios postmortem, sin preocuparse habitualmente por otras perspectivas del fenómeno.

Quizá tenga su origen esta actitud en la idea de que la investigación de los procesos mortales es infructuosa; quizá opere también la noción instintiva de que la muerte representa en cierto sentido el fracaso de la medicina; quizá contribuya asimismo el temor inconsciente a la pérdida de la existencia, que parece propio de la naturaleza humana y que induce a esquivar el examen del tema. En todo caso, la realidad es que falta mucho para tener un conocimiento sistemático del proceso de la muerte en sus diversas facetas biológicas; pero, cualquiera que sea el origen de esta situación, es preciso reconocer la necesidad de que nuevas adquisiciones vengan a solucionar las incógnitas que todavía existen en la actualidad.

Por otra parte, progresos recientes han dado mayor amplitud al tema, y en su estudio, deben tomarse en cuenta no sólo los aspectos relativos a la muerte

del individuo, de los órganos y de las células, sino también las alteraciones equivalentes a nivel molecular. Seguramente, continuarán los avances de los últimos años en estas materias; y nuevas investigaciones sobre los fenómenos regresivos y la pérdida de las funciones vitales, permitirán el entendimiento preciso de la serie de etapas que se suceden entre el principio y el fin de los ciclos biológicos naturales.

Aparte del interés doctrinario de tales investigaciones, puede preverse que tendrán asimismo gran importancia práctica. Con toda probabilidad, se encontrarán medios para cambiar el curso de alteraciones morbosas que ahora parecen irreversibles. De esta manera, podrá modificarse favorablemente la evolución de diversos cambios degenerativos; y, en consecuencia, la marcha de procesos patológicos que ahora consideramos inevitablemente mortales. Así, pues, el estudio de la muerte conduciría paradójicamente, al descubrimiento de recursos para alargar la vida, y para mejorar al mismo tiempo las condiciones del funcionamiento orgánico.

Por añadidura, el concepto de la muerte ha adquirido mayor relieve, como resultado de los avances tecnológicos de la medicina. Los trasplantes de órganos y la prolongación artificial de la vida en sujetos humanos, han creado nuevos dilemas e interrogaciones, a propósito de la definición de la muerte. Los problemas involucrados no se reducen al terreno científico, sino abarcan también el ético y el legal. Es por tanto necesario abordar estas cuestiones, aun reconociendo las dificultades que presentan.

Es claro que los conocimientos actuales no permiten exponer de modo completo los diversos aspectos de problemas tan complicados, cuyo estudio apenas se inicia en muchos puntos; y sin embargo, este modo de analizar el tema tiene el mérito de ser coherente. Se sabe ahora que existen ciertas semejanzas biológicas entre los sistemas vivientes más simples, como son algunos virus y bacterias, y los organismos superiores. Un buen ejemplo es la similitud en la constitución del material genético. A lo largo de la escala biológica, se encuentran constantemente los ácidos desoxirribonucléico y ribonucléico, utilizados de manera muy parecida por los seres vivos, de los más sencillos a los más complicados, en la transmisión de los caracteres genéticos. Otro ejemplo que puede citarse, es el hecho de que se identifiquen prácticamente los mismos 20 aminoácidos, en la estructura de las proteínas de todas las unidades vivientes.

Hay pues, evidencia de que sustancias químicas y procesos vitales de importancia primordial, son comunes en los distintos organismos, independientemente del lugar que éstos ocupen en la naturaleza. Por ello, puede establecerse cierta analogía entre los fenómenos que ocurren en los seres vivientes, no obstante estar situados a diferentes niveles en la escala evolutiva; y puesto que desde un punto de vista concreto, los procesos vitales terminan en la muerte,

puede establecerse también cierta secuencia lógica en los fenómenos correspondientes.

Si se considera por otra parte que las sociedades humanas son susceptibles asimismo de sufrir desintegración comparable hasta cierto punto a la muerte, puede ser legítimo ampliar aun más el concepto, para incluir también la decadencia de las organizaciones sociales; y aunque la analogía parece aquí lejana, es interesante revisar estos fenómenos en su expresión colectiva, después de examinar los procesos individuales.

DR. BERNARDO SEPÚLVEDA.
